3 INSPECTORA HULDA



RAGNAR JÓNASSON

LA TORMENTA

LA HORA DE LA VERDAD

Seix Barral

Seix Barral Biblioteca Formentor

Ragnar Jónasson
La tormenta

Serie Inspectora Hulda 3

Traducción del islandés por
Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez

Título original: *Mistur*

© Jónasson, Ragnar, 2017
Published by agreement with Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen
© por la traducción, Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Este libro se ha traducido con la ayuda de:
ICELANDIC LITERATURE CENTER

Primera edición: marzo de 2025
ISBN: 978-84-322-4451-3
Depósito legal: B. 3.523-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

FSC
www.fsc.org
MIXTO
Papel procedente de fuentes responsables
FSC® C158190

1

«Fin.»

Erla dejó el libro a un lado, se recostó en el viejo sillón raído e inspiró hondo.

No tenía ni idea de qué hora era; hacía mucho que el reloj de pie del salón se había estropeado, seguramente unos cuantos años. Ellos no sabían cómo arreglarlo, y el reloj era tan pesado y tan poco manejable que nunca se habían planteado en serio cargar con él hasta el viejo jeep y llevarlo por la larga y bacheada carretera hasta el pueblo. Ni siquiera estaban seguros de que cupiese en el coche, ni de que alguien del pueblo tuviera buena mano para reparar un mecanismo de ese tipo. No, no, se limitarían a dejarlo ahí y listo, como un adorno más del salón. El reloj perteneció en su día al abuelo de Einar, su marido; lo había traído de Dinamarca, o eso decían. El hombre había ido allí a formarse en una escuela agrónoma; luego regre-

só a casa y se hizo cargo de la granja. Eso se daba por supuesto, solía decir Einar. Después le tocó el turno a su padre, antes de que, finalmente, Einar cogiese el testigo. El abuelo había fallecido hacía ya tiempo; y también el padre: una muerte prematura. Trabajar la tierra, incluso el mero hecho de vivir allí, se cobraba un peaje tanto mental como físico.

Y ahora, encima, hacía frío, lo que tampoco era de extrañar en esa época. La casa ya tenía sus años, y bajo ciertas condiciones atmosféricas, la única manera de conservar el calor era arrebujarse entre mantas en alguna de las habitaciones, como el salón. Y justo eso era lo que Erla había hecho. La manta le mantenía el cuerpo caliente, pero las manos, que le asomaban por fuera, las tenía ateridas, así que no siempre le resultaba sencillo pasar las hojas del libro. Aun así, lo soportaba. Leer le proporcionaba más placer que ninguna otra cosa que conociese: un buen libro podía transportarla muy muy lejos, a algún lugar completamente distinto, a otro país, otra cultura, donde el clima fuese más cálido y la vida más fácil. Eso no implica que ella fuese una ingrata o que no le gustasen la granja o el entorno; no era eso. Al fin y al cabo, era la casa familiar de Einar, así que solo cabía hacer de tripas corazón y apañarse. Erla, por su parte, había crecido en la ciudad, en el Reikiavik de los años de posguerra, y nunca había soñado con convertirse en la esposa de un granjero en las salvajes Tierras

Altas islandesas, pero luego conoció a Einar, se enamoró y perdió la cabeza. Aún rondaban los veintipocos cuando tuvieron a su hija, Anna.

Y hablando de Anna: su casa era bastante mejor que la de ellos. Era de construcción más reciente que la propia granja, algo alejada de esta, y antaño se empleaba para alojar a los labradores arrendados en la finca. Lo peor de esa distancia era que complicaba el pasar a verse cuando hacía tan mal tiempo, como ahora, salvo, claro, con grandes dificultades. Einar solía dejar aparcado el jeep durante los meses más crudos del invierno, ya que incluso con la tracción a las cuatro ruedas, los neumáticos con clavos y las cadenas servían de poco cuando comenzaba a nevar en serio, día tras día. En esas condiciones, no quedaba otra que ir vadeando la nieve o usar esquís de fondo, y era una suerte que tanto ella como Einar fuesen excelentes esquiadores. Desde luego, habría sido divertido poder subir más a menudo a las pistas de esquí de verdad —aunque fuera muy de vez en cuando— y retarse en ellas, pero nunca tenían tiempo para ese tipo de cosas, y tampoco es que les sobrase el dinero; la economía de la granja iba muy justa, no era de recibo gastar a espuertas en ocio y viajes. Con todo, rara vez discutían al respecto, el objetivo ahora, como en tantas otras ocasiones, era la lucha por la subsistencia, mantener la granja a flote y funcionando. Ella sabía que, para Einar, además, estaba en juego el honor de la

familia; llevaba sobre los hombros todo el peso de sus antepasados, quienes lo vigilaban desde cualquier recoveco.

Su abuelo, el primer Einar Einarsson, velaba por ellos en la parte más vieja de la casa, donde Erla se encontraba sentada en ese momento; la estructura original de madera la había construido él mismo «con sus propias manos desnudas, con sangre y sudor», tal y como su marido le dijo en una ocasión. Y el padre de Einar, Einar Einarsson segundo, los vigilaba desde el ala nueva, como la llamaba a veces Erla: la ampliación de hormigón que ahora albergaba los dormitorios y que se construyó cuando Einar Einarsson tercero, su esposo, todavía era niño.

Por su parte, Erla no sentía la misma reverencia por sus antepasados. Rara vez hablaba de ellos. Sus padres estaban divorciados y vivían en Reikiavik, y a sus tres hermanas las veía poco. Como es lógico, la distancia tenía parte de culpa, aunque en realidad su familia nunca había estado muy unida. Tras el divorcio de sus padres, las hermanas prácticamente dejaron de verse y las reuniones familiares se podían contar con los dedos de una mano. Erla no lo lamentaba demasiado, aunque, por supuesto, habría estado bien contar con el respaldo de su propia familia; en su lugar, se integró en la de Einar y se centró en cultivar la relación con ellos.

Se quedó sentada en el sillón, aún sin fuerzas

para levantarse. Después de todo, no había adónde ir salvo a la cama, y le apetecía seguir despierta un poco más, saboreando la paz y la tranquilidad. Hacía un buen rato que Einar se había acostado. Para él, madrugar era una virtud y, en cualquier caso, tenía que hacerlo para dar de comer a las ovejas. Por si no fuera bastante, en esa época del año, cerca ya de las Navidades, los días eran más cortos, así que Erla no veía ninguna razón terrenal para salir de la cama a primera hora, cuando todavía era noche cerrada fuera. No empezaba a clarear hasta casi al mediodía, y esa era una hora estupenda para despertarse en diciembre. Ambos habían aprendido a no discutir por semejantes nimiedades, e intentaban no hacer una montaña de un grano de arena cuando surgía alguna controversia. Tampoco es que allí abundaran las visitas, así que era importante que congeniaran. Y sí, aún se amaban, quizá no como cuando se conocieron, pero su amor había evolucionado conforme su relación maduraba.

Erla casi lamentaba haberse acabado el libro tan rápido; debería haberlo saboreado un poco más despacio. La última vez que se acercaron al pueblo, sacó en préstamo quince libros de la biblioteca. Obviamente, eso sobrepasaba el cupo autorizado, pero ella tenía un acuerdo especial, como era natural dadas sus circunstancias. También se le permitían préstamos más prolongados, a veces incluso de hasta dos o tres meses cuando

el clima era realmente malo. Y ahora se había terminado los quince; el último, con una rapidez inusual, y solo Dios sabía cuándo podría visitar la biblioteca de nuevo. La embargó esa familiar sensación de vacío que solía asaltarla cuando algo se acababa y sabía que no tenía posibilidad de ir a por más. Se sentía inmóvil, no podía moverse hacia delante ni hacia atrás. «Sensación de vacío» quizá no lo captaba del todo; sería más correcto decir que se sentía cautiva de la alta montaña.

En la granja estaba prohibido hablar de «claustrofobia». Era un concepto que tenían que evitar, porque, si no, la mera idea habría sido insoportable.

Sofocante...

Sí, el último había sido un libro realmente bueno; el mejor de los quince, aunque no tanto como para volver a leerlo. Y ya había leído todos los demás —los que habían comprado o bien heredado con la casa—, algunos incluso más de una vez.

Su mirada se posó en el abeto de Navidad que adornaba uno de los rincones del salón. Era de lo más vistoso; por una vez, Einar se había molestado en escoger un ejemplar bonito. Su aroma llenaba el pequeño salón, un acogedor recordatorio de que las fiestas estaban a la vuelta de la esquina. En esas fechas siempre hacían lo posible por desterrar la oscuridad, aunque solo fuera durante un rato; con ello, la sensación de aislamiento casi se convertía en una soledad bienvenida. A Erla le gustaba saber que durante esa temporada de paz y de descanso

de sus labores se quedarían completamente solos, de forma literal, por el simple hecho de que nadie lograría llegar tan lejos tierra adentro en la nieve, salvo que estuviera absolutamente empeñado en ello. Y eso nunca había pasado hasta ahora.

Aún tenían que adornar el árbol: la costumbre era hacerlo en San Torlaco, la víspera de Nochebuena. Sin embargo, ya habían dejado algunos paquetes debajo. Era absurdo tratar de esconder los regalos; hacía tiempo que los habían comprado, y tampoco es que tuviesen la opción de ir de tiendas el día de Nochebuena para conseguir un regalo de última hora o nata para la salsa.

Alguno de los regalos que había bajo el árbol contenían libros —eso lo sabía—, y estaba tentada de darse el gusto anticipado de abrir uno. Einar siempre le regalaba libros, por lo menos uno o dos, y lo que más le ilusionaba de la Nochebuena era precisamente descubrir de qué títulos se trataba, para luego acomodarse en el sillón bueno con una caja de bombones al lado y el típico refresco navideño islandés de naranjada y malta, y leer hasta altas horas de la madrugada. En ese momento, todo estaba listo para la Navidad: la caja de bombones sin abrir descansaba sobre la mesa del comedor; en la despensa, la esperaban las botellas de malta y naranjada que nadie podía tocar hasta las fiestas. Y, por supuesto, el plato principal de la cena de Nochebuena consistiría en carne de cor-

dero ahumada. Como el año pasado, como el anterior a ese, como siempre...

Erla se levantó, notando cómo el frío le mordía en cuanto prescindió del calor de la manta de lana. Se acercó a la ventana del salón, descorrió las cortinas y miró fuera, a la oscuridad. Estaba nevando. Aunque eso ya lo sabía. Ahí siempre nevaba en invierno. ¿Qué cabía esperar, viviendo tan en el interior y tan por encima del nivel del mar? Sonrió para sus adentros; desde luego, ese no era un lugar apto para humanos, no en esa época del año. El tesón de los antepasados de Einar resultaba admirable en cierto sentido, pero ahora Erla tenía que pagar las consecuencias; ahora ella se encontraba encadenada ahí.

La finca tenía que seguir explotándose, viniera lo que viniese. No es que ella fuera a quejarse, por supuesto que no. En la última década, algunas de las granjas en las proximidades —si es que podía llamarse así a semejante vastedad de terreno— habían sido abandonadas, y la reacción de Einar siempre había sido la misma: maldecía a los huidos por su cobardía, por rendirse tan fácilmente. Además, si se marchaban, ¿de qué se suponía que iban a vivir? Ni siquiera estaban seguros de poder sacar algo decente por el terreno, en caso de que quisieran venderlo, y tampoco había muchas oportunidades laborales por la zona. Tras tantos años siendo su propio jefe, Erla no podía imaginarse a Einar tolerando trabajar para otra persona.

—Erla, cariño —llamó una voz ronca desde la alcoba. Estaba segura de haber oído sus ronquidos hacía poco—. ¿Por qué no vienes a la cama?

—Ya voy —contestó ella, y apagó la lámpara del salón, así como la vela que tenía prendida en la mesita, a su lado, más que nada para crear un ambiente acogedor mientras leía.

Einar había encendido la lámpara de lectura. Todo estaba como de costumbre: él, tendido en su lado de la cama; sobre la mesilla de noche, el vaso de agua y un libro de Laxness. Erla conocía bien a su marido; sabía que le hacía sentir bien dormir con un libro del único premio nobel islandés sobre la mesilla, aunque no conseguía avanzar mucho en él una vez acostado. Tenían la mayoría de sus novelas, y ella las había leído todas más de una vez, y más de dos. En realidad, lo que él leía a esas alturas eran periódicos y revistas viejas, además de artículos sobre temas paranormales. Los periódicos que tenían siempre estaban desfasados, claro, algunos más que otros, y en esa época del año a veces pasaban meses enteros entre uno y otro. Aun así, estaban suscritos al periódico portavoz de su partido político, cuyos ejemplares se iban acumulando en la oficina de correos entre una visita y la siguiente, y también estaban abonados a alguna que otra revista, como por ejemplo *Selecciones*.

Aunque ella entendía su interés por la actualidad, en la vida podría leer cuentos de fantasmas y

libros de médiums; no en un lugar como en el que vivían.

En invierno no pasaba un día sin que viera algo que le provocara escalofríos; por supuesto, no creía en fantasmas, pero ese aislamiento, ese silencio, esa maldita oscuridad... Todo eso intensificaba cualquier chirrido en un tabique o un tablón del suelo, cualquier aullido del viento, cualquier juego de luces y sombras hasta tal punto que a veces no estaba segura de si, quizá, debía creer en los fantasmas después de todo; a lo mejor eso hacía su vida más soportable.

Sin embargo, sentada a la luz de la vela leyendo un libro, se perdía por completo en los mundos exóticos de las historias sin que los dichosos fantasmas lograsen jugarle una mala pasada.

Erla se echó en la cama e intentó acomodarse; trató de sentirse ilusionada por el día de mañana, pero eso resultaba más fácil de decir que de hacer. Deseaba que le gustara aquel entorno —aquel aislamiento— tanto como a Einar, pero sencillamente era incapaz. Sabía que el día siguiente no iba a ser mucho mejor, y podía estar segura de que no se diferenciaría en casi nada del día que ya tocaba a su fin. Por supuesto, la Navidad rompía en cierto modo la monotonía, pero eso era todo. La Nochevieja sería un día como otro cualquiera, aunque cenarían con suntuosidad: carne de cordero ahumada, como en Nochebuena. La lástima era que llevaban muchos años sin tirar fuegos ar-

tificiales. El acceso que tenían a semejantes artilugios explosivos era limitado; su excursión para aprovisionarse de cara a las Navidades era, por norma, en noviembre, cuando aún no solía haber cohetes a la venta, y resultaba difícil justificar un traslado extra, en pleno invierno, con el único fin de comprarlos. Luego, además, estaban bastante de acuerdo sobre el sinsentido de lanzar pirotecnia en medio de la nada. Al menos eso es lo que decía Einar, y ella se había mostrado conforme, aunque en su fuero interno admitía que a veces echaba de menos el colorido que acompañaba al cambio de año.

—¿Por qué trasnochas tanto, cariño?—preguntó él en tono afectuoso.

A Erla le entraron ganas de señalarle que aún no eran ni las once, pero ahí, en esa eterna oscuridad, la hora no importaba mucho. Los dos vivían cada uno según su propio ritmo: se acostaban demasiado temprano, se levantaban demasiado temprano. Las silenciosas protestas de ella, que consistían en quedarse en el salón leyendo, no daban resultado alguno.

—Estaba terminando un libro —contestó ella—. No tenía sueño. Luego he estado dándole vueltas a si debemos llamar a Anna, a ver si va todo bien. —Y después añadió, contestando a su propio pensamiento—: Pero probablemente es tarde para llamar ahora.

—¿Puedo apagar?

—Sí, por favor —asintió a regañadientes.

Él apagó la luz y la oscuridad los envolvió. Era tan feroz y, sin embargo, tan mesurada. No se veía ninguna mínima lucecilla por ningún lado. Ella percibía cómo caía la nieve en el exterior, y sabía que no irían a ningún lado —salvo, claro, a casa de Anna— hasta enero como pronto. Esa era la vida que se habían labrado; solo era cuestión de aguantar.